

---

---

# DOS NOVELAS ACADÉMICAS ARGENTINAS A LA LUZ DE LA TRADICIÓN ANGLO-ESTADOUNIDENSE: *EN NINGUNA PARTE Y EL CAMINO DE IDA*

*TWO ARGENTINEAN ACADEMIC NOVELS CONSIDERED  
FROM THE PERSPECTIVE OF THE  
ANGLO-AMERICAN TRADITION:  
EN NINGUNA PARTE AND EL CAMINO DE IDA*

María Inés Castagnino  
Universidad de Buenos Aires  
[inex13@gmail.com](mailto:inex13@gmail.com)

## ∞ RESUMEN

### ∞ PALABRAS CLAVE

Tradición anglo-estadounidense

Novela académica argentina

Caos

Sátira

Utopía

*El presente artículo parte de la hipótesis de que la tradición de la ficción universitaria o académica anglo-estadounidense es la más dilatada y sustancial que pueda considerarse, y ofrece un paradigma y parámetros de análisis dignos de ser tenidos en cuenta a la hora de considerar la representación de experiencias y personajes universitarios y/o académicos en otras literaturas. Su objetivo es indagar si el ejemplo de esa tradición puede iluminar el caso particular de la novela académica argentina. En consecuencia, se ofrece una consideración comparativa de las novelas académicas argentinas *En ninguna parte* (1981), de Pablo Urbanyi, y *El camino de Ida* (2013), de Ricardo Piglia, que ubican a sus protagonistas —profesores argentinos— en ámbitos universitarios angloparlantes de América del Norte, a partir de los tópicos y aspectos señalados por la crítica como característicos de la serie anglo-estadounidense. La comparación considera la imagen de la academia como torre de marfil, las dinámicas de orden y caos articuladas en las novelas, su carácter satírico y su vínculo con la utopía.*



∞ **ABSTRACT**

∞ **KEYWORDS**

Anglo-American tradition  
Argentinean academic novel  
Chaos  
Satire  
Utopia

*The departing point for this article is the hypothesis that the tradition of Anglo-American university or academic fiction, being the most extensive and substantial in existence, offers an analytic paradigm worthy of being taken into account when considering the representation of university and/or academic experiences and characters in other literatures. The article looks into whether the example of this tradition can illuminate the case of the Argentinean academic novel in particular. A comparative consideration of two Argentinean academic novels is therefore offered; the novels are *En ninguna parte* (1981), by Pablo Urbanyi, and *El camino de Ida* (2013), by Ricardo Piglia, both of which place their protagonists –Argentine professors– within English-speaking university environments in North America. Their comparison, based on the topics and aspects pointed out by critics as characteristic of the Anglo-American series, considers the image of the academy as an ivory tower, the dynamics of order and chaos articulated in the novels, their satirical character and their links with the notion of utopia.*

Recibido: 08/07/2024  
Aceptado: 16/09/2024

## Introducción

La literatura narrativa en lengua inglesa, particularmente la originaria del Reino Unido, ofrece, a lo largo de su historia, numerosas representaciones de experiencias y personajes universitarios y académicos. Inglaterra cuenta con dos instituciones universitarias que se encuentran entre las más antiguas de Europa, y que fueron las primeras en el ámbito angloparlante: las universidades de Oxford y Cambridge, ambas reconocidas formalmente partir del siglo XIII. Para el siglo XIV gozaban ya de fama internacional por su excelencia académica, y el del universitario era un tipo lo suficientemente notable como para que Geoffrey Chaucer otorgara esa condición a uno de sus peregrinos y lo incorporara así al grupo representativo de la sociedad de la época descrito en el prólogo a sus *Canterbury Tales*. Desde entonces, los retratos de universitarios se han hecho presentes en forma regular en la literatura inglesa, reflejando aspectos de la evolución que tuvieron las dos tradicionales universidades, para llegar, durante el siglo XIX, a un auge de las novelas sobre la vida universitaria, que suman características comunes suficientes como para que algunos críticos las consideren un género narrativo particular (Proctor 1977:51), que decae a principios del siglo XX. De este modo, lo más rancio del conjunto de representaciones antes mencionadas está infundido del espíritu de “Oxbridge”, como se denomina en conjunto a ambas antiguas universidades, con sus asociaciones de excelencia y elitismo intelectual y social, y al imaginario que evocan.

A partir de mediados del siglo XX, la perspectiva ficcional sobre las universidades se renueva de manera sustancial. Las representaciones de la vida universitaria en la literatura inglesa han ido históricamente de la mano con el desarrollo y las características reales de las instituciones universitarias en Inglaterra (Proctor 1977: 85), y para mediados del siglo XX el ámbito real de estas instituciones se diversifica por las nuevas universidades, que desde el siglo XIX y especialmente en el XX se van sumando a las dos tradicionales, a medida que se amplían las posibilidades de acceso a la educación superior en el territorio. Esto redundará en la multiplicación de roles dentro de la estructura universitaria, con la aparición de distintos tipos de estudiantes (entre ellos las mujeres, prácticamente excluidas de los ámbitos universitarios hasta estas épocas), docentes, directivos y otros empleados. Como consecuencia, nuevos escenarios y personajes hacen su aparición en la literatura, y la novela académica se ve redefinida a partir de *Lucky Jim* (1954), de Kingsley Amis, de manera tan radical que algunos críticos consideran que aquí se encuentra el inicio de la novela académica como género, diferenciándola de las representaciones anteriores. La trayectoria de esta literatura en los Estados Unidos es similar, a pesar de las diferencias en la historia de las instituciones universitarias entre ambas naciones. Desde *The Groves of Academe* (1952), de Mary McCarthy, que marca el relativo inicio de la novela académica en su reformulación de mediados del siglo XX, numerosos y destacados autores estadounidenses han contribuido al género (Williams 2012: 561-562).

Es preciso notar que una definición estricta de la novela académica puede resultar enojosa, como lo han señalado Proctor (1977: 2-3), Scott (2004: 86), Walsh (2007: 269) y Anderson y Thelin (2009: 107). Sin embargo, la diferencia fundamental consiste en el traslado, por una parte, de la acción al escenario de las universidades más nuevas o más progresistas; por otra parte, del protagonismo del estudiante al del profesor. Un efecto concomitante de estos traslados, y rasgo central de la novela académica a partir de mediados del siglo XX, es un cambio de tono: el tratamiento que reciben las nuevas universidades y sus académicos tiende a ser fuertemente satírico, en contraste con el tratamiento en general más respetuoso e idealizado (aunque no carente de matices, según las épocas) de la etapa anterior.

Por ende, la tradición de la ficción universitaria o académica anglo-estadounidense es la más dilatada y sustancial que pueda considerarse, y ofrece un paradigma y parámetros de análisis dignos de ser tenidos en cuenta a la hora de considerar la representación de experiencias y personajes universitarios y/o académicos en otras literaturas. El objetivo de este artículo es indagar si el ejemplo de esa tradición puede iluminar el caso particular de la novela académica argentina: en otras palabras, si los tópicos o elementos señalados por la crítica como característicos de la serie anglo-estadounidense se hacen presentes también en una serie argentina, que podría esbozarse –sin pretensiones de exhaustividad– de la siguiente manera: *En ninguna parte* (1981), de Pablo Urbanyi; *El agua electrizada* (1992), de C. E. Feiling; *Los misterios de Rosario* (1994), de César Aira; *La traducción* (1997) y *Filosofía y Letras* (1998), de Pablo de Santis; *La cátedra* (2000), de Nicolás Casullo; *Filo* (2003), de Sergio Olguín; *Crímenes imperceptibles* (2003), de Guillermo Martínez; *Pegamento* (2004), de Gloria Pampillo; *El ícono de Dangling* (2007), de Silvia Maldonado; *El puñal de Dido* (2007), de Carlos Balmaceda; *Las teorías salvajes* (2008), de Pola Oloixarac; *Yo también tuve una novia bisexual* (2010), de Guillermo Martínez; *El camino de Ida* (2013), de Ricardo Piglia; *Cataratas* (2015), de Hernán Vanoli; *Plato paceño* (2015), de Alfredo Grieco y Bavio; *Los crímenes de Alicia* (2019), de Guillermo Martínez.

Responder a la cuestión *in extenso* naturalmente excede los alcances de este artículo. No obstante, para testear la hipótesis de la presencia de los rasgos de la novela académica anglo-

---

estadounidense en la novela académica argentina, se ofrece aquí una consideración comparativa del texto inicial de la serie arriba propuesta, *En ninguna parte*, y de *El camino de Ida* a partir de los tópicos o elementos señalados por la crítica como característicos de la serie anglo-estadounidense. Tomar los casos de Urbanyi y Piglia es pertinente en tanto ambos ubican a sus protagonistas, profesores argentinos, en ámbitos universitarios angloparlantes de América del Norte (Ottawa y Nueva York, respectivamente), esbozando un vínculo indirecto con la ya mencionada tradición. Por otra parte, la pertinencia de tomar a Piglia queda en evidencia si se amplía el campo más allá de la novela en particular para abarcar la narrativa en general; en ese caso, se encontrará que los cuentos “La loca y el relato del crimen” y “Nombre falso” (1975) pueden ser considerados iniciadores de la serie. En el caso de este último relato, su estructuración como investigación bibliográfica sobre un texto de Roberto Arlt y su empleo de la nota al pie dan cuenta de la explotación narrativa de recursos escriturarios académicos, lo cual constituye una variante de la ficción académica: aquella que Moseley (2007) ha clasificado como “doblemente académica” (112), en tanto no solo presenta personajes y/o ámbitos académicos sino también incorpora un interés teórico o académico, que explora lúdicamente, a veces mediante rasgos autorreflexivos y formales. Este último es el caso también de la novela de Urbanyi, que cuenta con una introducción o prólogo, un capítulo analítico donde se examina el discurso de un personaje, conclusiones y abundantes notas al pie. Los estudios críticos no han abordado hasta ahora la mencionada obra de Urbanyi desde la perspectiva de la novela académica, mientras que *El camino de Ida* lo ha sido en cruce particular con el policial (del Río 2015, Maltz 2018) y con una perspectiva feminista (Gallego Cuiñas y Oteros Tapia 2020).

## Aislamiento académico

Al situar a sus personajes en universidades de América del Norte, Urbanyi y Piglia remiten a un ámbito académico que funciona como un universo para el profesor, en la medida en que este puede desarrollar prácticamente su existencia completa dentro de la institución que lo alberga, proveyéndolo de todo lo necesario, desde un sueldo suficiente hasta las instalaciones físicas, los materiales para estudio e investigación y las oportunidades de socialización y vivienda. Este rasgo, tan diferente con respecto a la situación del académico en general en Argentina, ha producido ocasionalmente en la opinión pública una imagen negativa de la academia como ámbito aislado y desconectado de las preocupaciones auténticas de la existencia humana, cuya presencia reflejada en la novela académica la crítica ha identificado. Así, Rossen (1993) se refiere a “el etiquetado de la academia, a menudo de forma peyorativa y por parte del mundo exterior, como la Torre de Marfil. [...] el valor práctico de su investigación para quienes están fuera de sus muros puede descartarse como relativamente poco importante” (4-5).<sup>1</sup> El narrador de Urbanyi se manifiesta dolorosamente consciente de esta acusación: mientras que se defiende de ella aludiendo a su “no vivir encerrado en la especialidad y en la torre de marfil como un atrofiado erudito” (107), en otra instancia recuerda “como una punzada dolorosa” (29) las palabras de un estudiante que, proveniente del mundo “exterior” y habiéndose insertado temporalmente en la institución, observa: “Entre ustedes, los académicos y la vida se levanta una muralla de libros más ancha que cualquier biblioteca nacional” (29). Pues la imagen de la torre de marfil conlleva lo señalado por Carpenter

---

<sup>1</sup> Esta y todas las citas de bibliografía en inglés se ofrecen en traducción de mi autoría.

---

(1960): “La universidad parece carecer peculiarmente de materia vital. [...] A menudo el *college* universitario es descrito como una especie de vacío, reseco de los ingredientes sensuales y emocionalmente efectivos de la existencia natural” (444). Este mismo crítico se pregunta si este rasgo provendrá del pasado monástico de la universidad moderna (444), algo que resuena en la novela de Piglia, donde Renzi especula con que “quizá los conventos medievales tenían ese aire de sigilo, de privilegio y de tedio, porque aquí los estudiantes están casi reclusos, se mueven en un círculo cerrado” (34), y donde el académico detrás de la muerte de otros académicos lleva por apellido Munk (palabra casi idéntica y homófona a *monk*, monje) y, aún retirado de la universidad, vive “aislado, en una rudimentaria cabaña de seis metros cuadrados que él mismo se había construido, sin luz, sin agua corriente y sin teléfono, a treinta millas del pueblo más cercano” (179), en una situación que cruza el *Walden* de Thoreau con las prácticas de antiguos eremitas religiosos (y el narrador se refiere a la actitud de Munk como un “ascetismo teórico” (186)).

Renzi, el personaje narrador de Piglia, tiene una actitud ambivalente con respecto al aislamiento del académico: la estadía en la torre de marfil a la que lo habilita su calidad de profesor visitante en los Estados Unidos es bienvenida como fuga de la trabazón en la que está sumida su existencia como periodista y “buscavidas” literario en Buenos Aires (“al recorrer la biblioteca pensé que los volúmenes estaban hechos de la materia densa que siempre me ha permitido aislarme del presente y escapar de la realidad” (16)), pero a la vez tiene como contracara una sensación de pérdida vital que hace a Renzi dudar de aceptar la propuesta (“no quería estar seis meses enterrado en un páramo” (13)). Su colega Ida Brown comparte con él la certeza de que “El mundo académico era demasiado cerrado, abarcaba demasiado espacio y dejaba poco lugar para otras experiencias” (62). La novela tematiza así el rasgo del encierro, tópico de la novela académica que favorece su articulación con el policial, tal como han notado Schellenberger (citado en Carter 1990: 19) y Moseley (2007):

Por ser el *college* o universidad una comunidad cerrada; por ser un espacio tolerante hacia la excentricidad y la desviación social; por ser un lugar dedicado a la razón, o al menos visto como tal tradicionalmente, constituye un escenario espléndido para la novela de misterio. Quizás más importante es que el misterio del asesinato académico se basa en la aparente antítesis entre los valores de la educación superior (tolerancia, amabilidad, resolver diferencias mediante el debate en vez de la violencia) y el homicidio que es el corazón del misterio. Del mismo modo, al menos según la convención de la ficción, los profesores son buenos detectives (108-9).

Este policial académico de Piglia dota al rasgo del encierro de un efecto de olla a presión: “Los campus son pacíficos y elegantes, están pensados para dejar afuera la experiencia y las pasiones pero corren por debajo altas olas de cólera subterránea: la terrible violencia de los hombres educados” (35). La violencia subterránea sale a la superficie en explosiones literales, producidas por las cartas-bomba de Munk, generando así la trama policial que da pie al doble rol de profesor detective de Renzi.

---

---

## Orden y caos

Otro paradigma de análisis que ha sido puesto a prueba con respecto a las representaciones de la experiencia académica en la literatura inglesa propone que en estas novelas predominan las instancias de irrupción de caos y desorden, y la observación de que las implicancias de esas formas del caos se ven profundizadas, justamente, por la condición académica de los personajes que las protagonizan, ya que proveen un contraste notorio por asociarse a la producción de conocimiento como práctica ordenadora, y a la universidad como institución de carácter eminentemente ordenador (Castagnino 2017). Meisel (2016), llevando a cabo una labor de análisis artístico y humanístico en estrecha relación con la historia de la ciencia, ha relevado los sentidos que adopta la noción de caos e identificado una gama de formas que adopta desde los mitos cosmogónicos a la era científica actual: la inversión y disolución de jerarquías, la violencia y la explosión, la disonancia y pérdida de armonía, la entropía y lo estocástico, accidental, aleatorio, contingente o imprevisible.

La trama de la novela de Urbanyi se inicia con un episodio asociable a la irrupción caótica en el sentido de una explosión de violencia: dos hasta entonces inocentes y plácidos profesores del Departamento de Español se trenzan en una pelea a trompada limpia que los deja mutuamente desdentados. A partir de allí, el término “vacío” tiende a recurrir en el texto como una tematización del caos. La pretensión ordenadora cósmica de la academia se pone en evidencia al principio de la novela, cuando se alude al vacío para ilustrar el valor que en dicho ámbito confiere producir conocimiento acerca de algún área de vacancia: los académicos “siempre destacan que con sus trabajos ‘llenan un vacío’, como si el vacío los esperara a ellos para llenarse, cosa que no lograron los millones de tratados que se escribieron sobre el tema desde la antigüedad hasta nuestros días” (20-1). La ironía que afecta a la afirmación anterior anticipa la mutación del vacío hacia un terreno simbólico: el término pasa a asociarse a las bocas desdentadas de los dos profesores como resultado de su pelea (41, 49, 237), que los llevan al mutismo y los convierten en “Dos ancianos envejecidos por siglos de literatura y una idea genial [...] sobre sus espaldas” (135). La idea, en última instancia, no sobrevive: la academia fracasa en llenar ese vacío trascendental mediante el conocimiento, pero logra, satírica y simbólicamente, llenar el vacío de las bocas de los profesores mediante la tecnología y el consumo, ya que la universidad otorga a los profesores “un préstamo especial de los fondos de emergencia” con el que se compran “las dentaduras postizas más lujosas, con acolchado de goma-pluma, y más sofisticadas técnicamente, automáticas o dirigibles a control remoto” (288-9). Cada tanto las dentaduras fallan y empiezan “a masticar en el vacío”, dejando a los profesores “helados y sin poder hacer nada” (289): el vacío sigue denunciando la ausencia de saber significativo a través de esas bocas que no producen, aunque la técnica las haya rellenado, y por ende el caos subsiste pese a la voluntad ordenadora de la academia.

La trama de la novela de Piglia también se inicia con un episodio asociable a la irrupción caótica en el sentido de una explosión violenta, en un sentido más literal: se produce la muerte dudosa y violenta de la joven y exitosa académica Ida Brown en circunstancias que parecen apuntar a un accidente de tránsito (“El accidente” es el título de la primera de las cuatro partes de la novela, y otra de las formas del caos como aleatoriedad, según se indicó previamente), pero también al posible estallido de una bomba que la mujer trasladaba. A partir de allí, el término que se reitera en *El camino de Ida* es “serie”, vinculable con la noción de orden en tanto implica una sucesión relacional; no obstante, en la medida en que las series se multiplican, su cualidad ordenada se relativiza, y viene a alimentar el rasgo de la vida doble o múltiple que comparten Renzi e Ida

Brown: según Renzi, “En aquel tiempo vivía varias vidas, me movía en secuencias autónomas: la serie de los amigos, del amor, del alcohol, de la política” (13), e Ida “también parecía vivir en series aisladas, con amigos, colegas, amantes, alumnos” (63). Dentro del caos que acecha (Renzi termina dando clases en Estados Unidos “por azar, de golpe, inesperadamente” (13)), la serie y su avatar, la rutina, son intentos de anclaje en un orden compensador: “trataba de seguir una rutina fija aunque me sentía cada vez más alterado” (27), declara Renzi, e Ida “Era una chica [...] muy ordenada que salía a correr al amanecer [...] controlando el ritmo y las pulsaciones en el minicomponente aeróbico digital que llevaba en la muñeca izquierda” (63). Incluso para el personaje también académico de Thomas Munk “La única manera de vivir en aislamiento extremo era seguir ciertos hábitos fijos. Había dividido su vida en secuencias autónomas” (194).

Ante la irrupción más violenta del caos en la novela –la muerte por accidente / explosión de Ida–, la noción de serie se revaloriza: asesinatos previos e irresueltos en universidades constituirían los antecedentes de la serie que la muerte de Ida podría llegar a integrar, ofreciéndose así el medio, para el detective Menéndez del FBI, de encontrar y detener al asesino. La clave es descifrar la serie, por eso “Menéndez estaba buscando un *pattern*, un orden” (147) que le permitiera anticipar el término siguiente, y así frustrar y ubicar al asesino. Cuando Munk es entregado por su hermano, Menéndez se borra de la trama: ya no necesita descifrar la serie, ha cumplido con su objetivo práctico y concreto (extra-académico) de detener la serie. Pero para Renzi eso no basta: es preciso descifrar la serie para establecer un orden que dé sentido a la pérdida irreparable de Ida; su objetivo (académico) es saber, conocer, entender: “¿Había un sentido? Sí, porque había un orden, pero había que ser muy despiadado para descubrirlo en medio de la confusión general” (219). Por eso Renzi visita en la cárcel a Munk: para someterle las hipótesis que ha esbozado y definir la correcta. Munk, no obstante, se niega a rubricar un orden: permanece como núcleo de caos, autor de “Una serie de muertes incomprensibles, una obra de arte malvada y perfecta [...]. Nunca había dicho *por qué hacía lo que hacía*” (282). Al mismo Renzi no le queda más que aceptarlo como tal, lo cual transmite en el final de la novela al hacer propia y repetir la respuesta última de Munk: “No afirmo ni niego” (282, 283, 285).

De manera similar, los académicos de la novela de Urbanyi se remiten a los tribunales superiores de una localidad llamada Erehwon para destrabar la disputa entre los dos profesores que se atacaron a golpes por la propiedad de una idea, en busca de un sentido trascendental encarnado en el orden de la autoridad, pero ésta, en la figura del juez, los devuelve a la esfera del caos bajo la forma del azar cuando concluye que determinará el asunto “con la cara o cruz de una moneda que revolverá Tom” (260). La actitud final del narrador de Urbanyi ante este desenlace es más nihilista que la de Renzi, y retoma la imagen del vacío a través de la boca abierta para elevar la falta de sentido al plano cósmico:

¿tiene sentido todo eso? No lo sé; tengo un ligero sueño, bostezo y se abre la boca de una sospecha y mi fe tambalea. Pero, Dios mío, ¿tenía alguna? Mi única fe tambalea; una oscura y siniestra sospecha me asalta como una certeza; el espíritu del tiempo, el mito del ordenamiento del caos (¿hasta cuándo lo estaremos ordenando?), el poeta que ocupa el lugar de Dios, la literatura, la filosofía, la religión, el mundo, el universo y más allá, a sólo un paso, el Cosmos, yo, no somos más que piezas de conversación; comentarios que nadie lee ni le interesan (U 291).

---

La resolución desbarata por completo la política ordenadora instaurada mediante las notas al pie de las que el narrador ha abusado: “No quiero abrumar al lector con las notas al pie de página, pero no resisto a la tentación de guiarlo entre tanta confusión” (85).

## Utopía y sátira

A través de un cruce con la escritura utópica, el paradigma de análisis de las dinámicas de orden y caos se toca con el tópico crítico del aislamiento o encierro de la academia. Pues, por una parte, la noción de orden es inherente a la de utopía, que formula una sociedad ideal imaginando una estructura de recursos institucionales, legales, educativos y burocráticos, con sus sanciones, por la cual quedan contenidas las deficiencias del hombre y la naturaleza; su objetivo es satisfacer la necesidad social del orden (Davis 1985: 15, 47). Por otra parte, al elaborar sobre el tópico del aislamiento o encierro de la academia, la crítica ha recurrido a asimilaciones con formas ligadas a la idea de utopía: tanto Scott (2004: 33) como Walsh (en Moseley 2007: 263-4) rescatan una apreciación de David Lodge (académico de larga trayectoria, ahora retirado, y, como novelista, asiduo practicante del género) según la cual la novela de campus es “una forma moderna y desplazada de la pastoril”, y Showalter (2005: 2) ofrece la misma asociación con la literatura pastoril; Moseley (2007: 16) asevera que existe “una visión de la universidad como un retiro arcádico”. Rossen (1993: 93) también reconoce en algunos escritores el uso de la universidad como “símbolo de una Arcadia juvenil”, además de citar a P. N. Furbank refiriéndose al Oxbridge de la era victoriana como una “Cucaña o ‘gran buen lugar’”. Arcadia (que involucra la pastoril) y Cucaña son identificadas por Davis (1985) como tipos diversos de sociedad ideal, afines y alternativas a la utopía (28-9). La asociación no ya con estas variantes sino con la noción de utopía propiamente dicha incumbe también a la novela académica de la tradición anglosajona, especialmente a fines del siglo XIX. Según Proctor (1977), a partir de 1880 se acentúa, en las narrativas sobre la universidad (y siempre dentro del universo Oxbridge), un rasgo romántico según el cual “los días vividos en la camaradería de la vida de *college* son los mejores de la vida de un hombre”, y los estudiantes que los viven son habitantes de “la nueva utopía” (120). Estas novelas respondían en cierta medida al debate sobre la educación que atravesó buena parte de la era victoriana, en torno a la cuestión del valor de una educación liberal vs. una de carácter más práctico o útil. Mientras que el progreso material que caracterizó a la era victoriana en Inglaterra llevaba a intelectuales como Jeremy Bentham y T. E. Huxley a requerir de la universidad la provisión de la formación especializada y científica necesaria para sostenerlo y desarrollarlo (en otras palabras, un descenso de la torre de marfil), otros intelectuales como John Henry Newman y Matthew Arnold defendían lo que, a su entender, Oxbridge proporcionaba: una formación que trascendía la utilidad material y fomentaba lo mejor de la mente y el espíritu humano, haciendo de los estudiantes no solo personas más instruidas sino “mejores” en general (Proctor 1977: 194). En este sentido, tanto Newman como Arnold apuntaban a un ideal de perfección intelectual y cultura; y, por supuesto, la utopía es también la manifestación de un ideal.

Cuando la novela académica se “reinicia” a mediados del siglo XX, el debate parece haber cristalizado en una brecha insalvable entre el ideal romántico de la universidad y la realidad actual de la institución. El criterio utilitarista se ha impuesto en última instancia, de manera más o menos explícita y políticamente articulada, y la academia de humanidades, menos justificada por este

---

criterio que otras disciplinas científicas, tiende a padecer de un sentido de su propia futilidad, al menos en lo que a su representación literaria respecta. Al desplazar su foco de los estudiantes hacia los docentes universitarios y académicos, la novela académica expresa la desazón de estos últimos actores, especialmente conscientes de esa futilidad y de la caída de los ideales humanistas; pues puede que en los Estados Unidos de fines del siglo XX los estudiantes universitarios vivan una experiencia casi perfecta (“Los estudiantes universitarios de hoy en día tienen más y mejores recursos para la investigación, oportunidades educativas, asesoramiento, vivienda, becas, alimentación y opciones sociales que nunca. En la mayoría de los campus son felices; en algunos, hasta el delirio”), pero no puede decirse lo mismo de los docentes y académicos (“Enseñar en *colleges* y en la universidad es un buen trabajo [...]. Pero no es la utopía” (Showalter 2005: 121-2)). Ese sería el motivo principal por el que la nueva novela académica es eminentemente satírica:

El otro propósito de la sátira, además de obtener algún tipo de dominio sobre los enemigos, es exhibir un celo reformista. La ira y la indignación que a menudo dan forma a estas novelas surgen en parte del amor por el ideal de la Universidad, o de la erudición pura, y expresan el deseo indignado de sus autores de que la academia se acerque más a la utopía que creen que podría ser (Rossen 1993: 183-4).

“Satírica” es un adjetivo que le calza perfectamente a *En ninguna parte*. Las críticas encuentran expresión directa por parte del narrador, quien, mientras desarrolla la historia de la disputa entre los dos profesores, denuncia entre otras cosas que en las reuniones de departamento “por supuesto y como era ya habitual desde hace años” no se llega “a ninguna solución ni conclusión sobre los temas tratados” (25), que “en el mundo académico [...] los *curriculum* se ‘fabrican’ y no significan absolutamente nada” (65), que el sistema de créditos en base al cual funcionan las universidades del norte privilegia lo comercial en detrimento de lo educativo (97), que la conferencia anual de la MLA es un mercado de esclavos académicos (119), que se publican trabajos porque “No publicar cada tanto, no decir algo sobre cualquier cosa en cualquier parte, y que nadie espera ni lee, que no interesa ni siquiera al que lo hizo, equivale a la muerte académica civil” (127), y que hasta en la cafetería “el repelente servicio automático [...] mata la dignidad de cualquier profesional” (132). Este tono perceptiblemente amargo es en parte contrarrestado por el humor que genera la parodia de la escritura académica que enmarca formalmente el relato, a costa de su contraste con la escritura narrativa y de la puesta en evidencia de sus rasgos característicos y lugares comunes, desde la inclusión de una introducción con objetivos, metodología y agradecimientos, el planteo de hipótesis, fundamentación y conclusiones, hasta el uso de frases en latín, la remisión a estafalaria bibliografía ficticia pero también a bibliografía real y el abuso de citas y de notas al pie.

El elemento satírico está también presente en *El camino de Ida*, con un tono menos amargo y más flemático. Allí donde el narrador de Urbanyi generaliza, elevando sus críticas a un nivel que excede el contexto académico específico en el que se inserta para proyectarse a nivel universal, Renzi particulariza, dotando de una cualidad más indirecta a la crítica vehiculizada. Comparar la literalización de la imagen del académico pauperizado en ambas novelas puede ilustrar esta diferencia: el narrador de *En ninguna parte* comenta respecto a la conferencia anual de la MLA que “Se cuenta que en los pasillos del hotel, frente a las puertas de entrada a las salas de conferencias, se encuentran numerosos mendigos pidiendo limosna. Todos saben que son profesores

---

universitarios disfrazados de linyeras” (120). Piglia, en cambio, introduce en su novela el personaje de un vagabundo llamado Orion, que llegó a la localidad de la universidad en los años sesenta “como estudiante graduado y de a poco se fue hundiendo en la inactividad y en la miseria” (40). El planteo del narrador de Urbanyi es de visos cómicos en su exageración; el del narrador de Piglia, más naturalista y sutil, en tanto deja latente la reflexión sobre el tipo de sociedad donde puede sucederle a un académico lo que le ha sucedido a Orion, o a un joven *assistant professor*, de quien se cuenta anecdóticamente que se atrincheró en su casa, mató a un policía y finalmente se suicidó porque no lo ascendían a un cargo académico de mayor jerarquía (35). Cuando se generaliza, suele ser a partir de una individuación: el hecho de que un titular de cátedra es un veterano de la guerra de Corea da pie para afirmar que “Pronto los hombres con experiencia en la cárcel y en la guerra serán los profesores encargados de llevar adelante la administración de las universidades” (35), y su especialización en la obra del autor de *Moby Dick*, para afirmar que “Estaba un poco loco D’Amato, en cualquier situación recitaba fragmentos de Melville (en eso era como cualquiera de los que estábamos reunidos ahí, un triste grupo de lectores que seguíamos pensando en el carácter encantatorio de los textos literarios)” (174). En *El camino de Ida* no es tanto la futilidad de la academia literaria a nivel general lo que se denuncia como la violencia de la sociedad estadounidense en particular, cuya potencia ha infiltrado incluso la torre de marfil.

Por otra parte, tanto la novela de Urbanyi como la de Piglia hacen explícita su articulación con la utopía que está en el origen de la sátira. En *ninguna parte* lo hace ya desde su título y el primero de sus tres epígrafes, tomado de *Erewhon*, la sátira revestida de utopía publicada por Samuel Butler en 1872 (“erewhon” es anagrama de “nowhere”, que significa “ninguna parte” o “ningún lugar”, sentido a su vez del término “utopía” según su etimología griega). Lo que los dos profesores se disputan a golpes de puño es la posesión de...

...una idea importante, importantísima, una idea originalísima, salvadora. No sólo era salvadora y una solución para los graves problemas que aquejaban al departamento en ese momento, sino que (puesta previamente en práctica en una especie de prueba piloto en la cual los integrantes del departamento oficiaban de conejillos de las Indias), más adelante, estudiada y desarrollada, salvaría y solucionaría los problemas de la humanidad entera, o algo así (46).

La idea en cuestión es, por ende, germen de utopía (también se la define como “una concepción totalizadora, catalizadora, del acervo cultural de la humanidad” (95)), pero el texto la presenta además en relación con otro aspecto del tópico del aislamiento o encierro de la academia: aquel según el cual, en el género, “la universidad es una especie de microcosmos de la sociedad en general, donde los principios, impulsos y conflictos que rigen la vida humana colectiva se muestran y pueden estudiarse con claridad y a escala manejable”, en palabras de Lodge (1982: 34), y que tanto Hobsbaum (en Moseley 2007: 29-30) como Moseley (2007: 16) retoman. Para dirimir el conflicto, varios integrantes del Departamento de Español se trasladan a la localidad desconocida de Erewhon, una especie de pueblo fantasma en los confines más gélidos del Canadá y sede del único tribunal dispuesto a tomar el caso. Allí, el juez ofrece el siguiente relato del pasado del pueblo:

Erewhon tenía pocos habitantes. La cantidad justa para vivir de la madera de los bosques que nos rodeaban, bosques poblados por espíritus y serpenteados por arroyos cristalinos. [...] La madera nos daba refugio y calor, las ovejas nuestro abrigo, las cabras el queso, las vacas la leche y la carne, las

---

---

abejas nuestro azúcar, los árboles frutales el fruto al extender la mano; y con alguna que otra cosa que sembráramos nos alcanzaba y sobraba para nuestro sustento. Todo lo que sobraba, más que venderse, se intercambiaba con el mundo. No había policía ni cárcel, sólo un juez, mi padre, y un pastor, el de la iglesia (192).

El narrador, profesor al fin y al cabo, nos ahorra el análisis cuando, en el capítulo siguiente, ofrece una exégesis de la historia del juez y señala que “la forma en que la presenta, la manera en que la estructura y el tono del relato propiamente dicho, corresponden a una utopía prototípica sobre la edad dorada o edad de oro” (215). En función de los paralelos trazados, y a la luz del nombre del juez en cuestión (William Wilson, quien declara “no soy otra cosa que la encarnación del doble de la magnífica historia de Poe” (240)), es posible ver la utopía de Erewhon como paralelo de la utopía universitaria. Pues a través de Erewhon se hace presente la figura del doble, no solo por el nombre alusivo del juez, sino también porque, según el relato que este personaje hace de la historia de Erewhon, el intento fundamental –y, en última instancia, infructuoso y rechazado– de salvar a la localidad otrora utópica de su extinción consistió en convertirla en una parodia turística de sí misma, donde el asistente del juez –doble de William Wilson, doble de un doble– “se ponía la toga y el birrete, y con el martillo en la mano me reemplazaba en la tarea de atender a los turistas” (206) hasta que el juez tiene “la certeza de que el mundo, ahora, no era otra cosa que un paisaje turístico, una burda y ridícula imitación de plástico de un Paraíso perdido” (209). ¿Y cuál es el doble de Erewhon en la novela, sino esa célula universitaria que se traslada hacia allí solo para que quede en evidencia el estrepitoso fracaso de su propia utopía? La sentencia del juez reserva la sátira más amarga para dar cuenta del fracaso de la idea salvadora, que es eliminada sin ser revelada en la novela, ante el progreso material y la condena de los profesores-Sísifos:

Ante la imposibilidad de condenarlos porque ya lo están, el tribunal les sugiere volver a la actividad diaria, para que históricamente empujen lo que camina solo, para que pongan todo su talento, su iniciativa, su inteligencia, al servicio de la sociedad y de la ilusión del progreso propio y ajeno, para ser útiles a la misma. Que vuelvan para que todos los días se pregunten: ¿para qué, qué sentido tiene? Que vuelvan para que desesperadamente persigan un récord, y si lo consiguen, que permanentemente vivan con la amenaza de perderlo. Que pasen el resto de sus vidas buscando una “experiencia” que los ilumine. Que tengan un hobby creador, algo para hacer con sus propias manos, que sueñen con una casita de fin de semana, que vuelvan y sepan siempre qué es lo que tienen que hacer pero no se atrean o no puedan. Que vuelvan, y si alguna vez consiguen algo, se sigan preguntando: ¿para qué? (261).

Hay resonancias utópicas también, del tipo arcádico, en la representación de la localidad donde se encuentra la universidad en *El camino de Ida*: “El pueblo era espléndido y parecía fuera del mundo a sesenta kilómetros de Nueva York. Residencias con amplios jardines abiertos, ventanales de cristal, calles arboladas, plena calma. [...] Ni había rejas, ni garitas de seguridad, ni murallas en ningún lugar” (15). Pero la oración omitida en medio de la cita anterior, y la que le sigue, y que ahora se reponen, dan cuenta del costado distópico que la utopía adquiere fácilmente cuando se excede en sus afanes controladores: si no hay murallas es porque “Las fortificaciones eran de otra índole” (15); estar allí “Era como estar en una clínica psiquiátrica de lujo”, y aunque el narrador considera que eso era “justo lo que yo necesitaba en ese tiempo” (15), a menudo buscará escapar,

al menos momentáneamente, deambulando a pie o desplazándose en su auto, y lo mismo hará su colega Ida Brown; es un rasgo compartido que los llevará a unirse en una doble vida más allá de los confines del campus. La novela opera en base a esta profunda escisión en estos dos personajes académicos, que microcósmicamente reproduce la escisión utópica-distópica del país de Ida (“Hay dos Estados Unidos [...]. Uno, visible, el país en el que soy un ciudadano que vota, la república democrática de los padres fundadores. Y otro subterráneo, con un poder central sin control, que liquida todo lo que pone en peligro la seguridad nacional” (118)). Y la paranoica del país de Renzi (“Vengo de la Argentina, le dije, sé cómo son estas cosas. La mitad de la población trabaja para los servicios de información y la otra mitad es la que está vigilada” (118)). Piglia no recurre a una fallida utopía ficticia como Erewhon, sino a las reales que representan los Estados Unidos de Norteamérica y los ideales detrás de la lucha armada en la Argentina de los años 70. Y esta es solo una de las formas en las que esta novela elabora también la figura del doble, que incluyen al protagonista (que desde el principio se siente extraño “por el hecho de estar viviendo otra vez en el lugar de otro” (16)), a Ida Brown (“en cualquier hecho de su vida privaba el secreto, todo tenía su revés” (68-69)), al detective chicano Menéndez (“vivía en dos mundos [...] y conocía el modo de cruzar de una realidad a otra” (127)) y al asesino Thomas Munk, un genio matemático capaz de “parecer un tonto (*a fool*), un desorientado y amable joven que hablaba confusamente tartamudeando como si se perdiera en sus propias divagaciones o estuviera desquiciado” (188). Hacia el final de *El camino de Ida*, un párrafo entre paréntesis da una clave para comprender el accionar del enigmático Thomas Munk, y lo hace vinculando utopía, caos y no ya duplicidad, sino directamente multiplicidad:

(El ejercicio de imaginar mundos posibles o sociedades alternativas es una constante del *pensamiento utópico*, pero a nadie se le ha ocurrido –salvo por *accidente* o por *azar*– imaginar *varias vidas* personales simultáneas, radicalmente distintas una de otra, y luego ser capaz de vivirlas) (276; mi subrayado).

El “doble” más notable, por operar en ambas novelas, es el escritor William Henry / Guillermo Enrique Hudson, que constituye un interés académico fundamental tanto para el profesor protagonista de Urbanyi como para el de Piglia, y cuya doble nacionalidad anglo-argentina cifra el doblez esencial de estos personajes de claros rasgos autobiográficos, desplazados o dislocados con respecto a su academia de origen. A Renzi le interesan “los escritores atados a una doble pertenencia, ligados a dos idiomas y a dos tradiciones” (36), y Hudson es justamente el tipo de “hombre escindido” (36) que concita su interés (el “doble” que concita el interés de Ida Brown es el anglo-polaco Joseph Conrad). Como Hudson, autor tanto de narrativa y poesía como de ensayos científicos (cuando no fusionaba unos y otros géneros), los narradores están marcados por la doble escritura, académica y creativa, y por la extranjería lingüística que los afecta a ellos y sus ámbitos: Renzi nota que Hudson “Quizás escribía así porque el inglés se le mezclaba con el castellano de su infancia” (25). La presencia de Hudson en ambas novelas es significativa también en relación con la utopía, pues este autor hizo aportes a este género en dos variantes: la autobiográfica en *Far Away and Long Ago* (1918), donde describe la felicidad de sus años de infancia en la pampa argentina (me permito tomar aquí el perfecto pasado feliz de la niñez, perdido e irrecuperable, como una edad dorada, forma del pensamiento utópico), y la de la ciencia ficción con *A Crystal Age* (1887). Ambos textos son recuperados por Renzi en la novela de Piglia (24 y 26), y el segundo es analizado en clave utópica por uno de sus estudiantes (69-70); en Urbanyi, se

---

menciona el primero (216). Si en Piglia Hudson es una de las manifestaciones centrales de lo doble, en Urbanyi Hudson es múltiple, más que doble: su narrador ha hecho su tesis de doctorado sobre Hudson, “Un escritor: ¿norteamericano?, ¿argentino?, ¿inglés?, ¿anglo-norteamericano?, ¿norteargentino?, ¿angloargentino?, ¿norteamerigo?” (68), y dicha tesis adquiere relevancia cósmica, en tanto su título promete, a partir del caso de Hudson, “aportes y significativas revelaciones para la comprensión del problema actual de la comunicación planetaria y el replanteo de las nacionalidades” (68-9). Sin embargo, en el final de *En ninguna parte*, justo antes del capítulo de “Epílogo o conclusiones” (275), el narrador repone un episodio vivido en la época de juventud cuando estaba escribiendo dicha tesis y, para inspirarse, viajaba a visitar los lugares frecuentados por Hudson en Argentina. En un trayecto en tren sentado junto a dos borrachos, el vómito de uno de estos le produce “un disgusto y repugnancia feroces, justificados por las esperanzas y perspectivas futuras de una humanidad mejor por la cual yo luchaba y trabajaba con tesón, sin la sombra siquiera de un ¿para qué?” (274). El otro borracho quiere calmarlo con estas palabras: “Tranquilo, jefe, no se asuste. Todo es vida” (274). Así, este académico, que llega al final de la novela como participante del fiasco de “la idea” salvadora y objeto de sátira, recuerda que en los albores de su carrera, cuando albergaba ilusiones utópicas investidas de academia, tuvo un anticipo de ese final en las palabras del borracho que lo invitó a contemplar y aceptar lo abyecto como parte de la experiencia de la que la academia debe dar cuenta, y de su propia condición; aquel tren que supuestamente lo acercaba a la utopía terminó por dejarlo en ninguna parte.

Las dos novelas académicas argentinas analizadas presentan rasgos propios del género tal como se ha manifestado en la tradición anglo-estadounidense. Ambas acusan recibo del tópico del aislamiento académico, que en el caso de la novela de Piglia se tematiza como parte de los dilemas centrales de los personajes académicos. Ambas registran dinámicas de orden y caos: en *En ninguna parte* predomina una concepción del caos como vacío, y la sátira resultante es nihilista; en *El camino de Ida*, el caos se impone por la imposibilidad de alcanzar el sentido último a través de la serie ordenadora, cosa que no impide ni deja de reflejar el carácter menos amargo de la sátira. Y ambas vehiculizan el desencanto de la utopía universitaria en América del Norte. Para análisis futuros, cabrá considerar si los rasgos de la novela académica anglo-estadounidense continúan teniendo injerencia en la novela académica argentina cuando la academia representada es también argentina o sudamericana, como sucede en otras novelas de la serie esbozada al comienzo de este artículo.

---

MARÍA INÉS CASTAGNINO es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente en la carrera de Letras y en la Especialización en Traducción Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Ha integrado proyectos de investigación dedicados a la obra de Samuel Beckett, utopías inglesas de los siglos XVI a XVIII y poéticas del Renacimiento inglés. Ha publicado traducciones de obras de Oscar Wilde, Tom Stoppard y Edward Albee, y es autora del libro *Tom Stoppard. Las huellas del camaleón* (Buenos Aires, Atuel, 2005).

---

---

## Bibliografía

- ANDERSON, Christian K. y John R. THELIN. 2009. "Campus Life Revealed: Tracking down the Rich Resources of American Collegiate Fiction". *The Journal of Higher Education*. Vol. 80, N°1, 106-113.
- CARPENTER, Frederic I. 1960. "Fiction and the American college". *American Quarterly*. Vol. 12, N° 4, 443-456.
- CARTER, Ian. 1990. *Ancient Cultures of Conceit: British University Fiction in the Post War Years*. London: Routledge.
- CASTAGNINO, María Inés. 2017. *Dinámicas de orden y caos en la novela académica inglesa: Los casos de Malcolm Bradbury y David Lodge entre 1975 y 1984*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. <<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/4409>>.
- DAVIS, James Colin. 1985. *Utopía y la sociedad ideal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA DEL RÍO, Antonio. 2015. "Clandestinidad y periferia. Usos del género policial en la narrativa de Ricardo Piglia". *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. Vol 5, 351-384.
- GALLEGRO CUIÑAS, Ana y María José OTEROS TAPIA. 2020. "El camino de Ida de Ricardo Piglia: una novela de campus feminista". En Segas, Lise y Félix Terrones (coords.) *La nueva novela latinoamericana sin límites. América sin Nombre*. Vol. 24, N° 2, 23-33. <<http://hdl.handle.net/10481/66630>>.
- HOBBSBAUM, Philip. 2007. "University Life in English Fiction". En Moseley, Merritt (ed.), *The Academic Novel: New and Classic Essays*. Chester: Chester Academic Press, pp. 20-32.
- LODGE, David. 1982. "The Campus Novel". *New Republic*, 34-35.
- MALTZ, Hernán. 2018. "Narrativa policial y academia en la Argentina. Dos recapitulaciones en torno a una convergencia: el policial académico". *Hápx*. Vol. 11, 117-142.
- MEISEL, Martin. 2016. *Chaos Imagined*. New York: Columbia University Press.
- MOSELEY, Merritt. 2007. "Introductory: Definitions and Justifications" y "Types of Academic Fiction". En Moseley, Merritt (ed.), *The Academic Novel: New and Classic Essays*. Chester: Chester Academic Press.
- PIGLIA, Ricardo. 2013. *El camino de Ida*. Barcelona: Anagrama.
- PROCTOR, Mortimer Robinson. 1977. *The English University Novel*. Berkeley: University of California Press.
- ROSSEN, Janice. 1993. *The University in Modern Fiction: When Power is Academic*. New York: Saint Martin's Press.
- SCOTT, Robert. 2004. "It's a Small World, after All: Assessing the Contemporary Campus Novel". *The Journal of the Midwest Modern Language Association*. Vol. 37, N° 1, 81-87.
- SHOWALTER, Elaine. 2005. *Faculty Towers: The Academic Novel and its Discontents*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- URBANYI, Pablo. 1981. *En ninguna parte*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- WALSH, Chris. 2007. "Not a Comic Novelist, Exactly: The Academic Fiction of David Lodge". En Moseley, Merritt (ed.), *The Academic Novel: New and Classic Essays*. Chester: Chester Academic Press, pp. 268-290.
- WILLIAMS, Jeffrey J. 2012. "The Rise of the Academic Novel". *American Literary History*. Vol. 24, N°3, 561-589. <<https://doi.org/10.1093/alh/ajs038>>.